

EL PATITO FEO DE NUESTRO ALFABETO

Por *Carlos Vega*

UN NOMBRE PERDIDO Y OTRO NOMBRE ECHADO A PERDER

Sí, un nombre perdido (el de la *v*) y otro nombre echado a perder (el de su hermana mayor, la *b*). ¿Sonríe el lector? Pensamos en un lector joven; para él escribimos. ¿Sabe acaso cómo se llama la *v*, cuál es su nombre? Entiéndase bien: su nombre propio, el que la distingue de sus veintisiete compañeras de alfabeto, nombre de una sola palabra como el de la hache, la ene, la pe o la equis. ¿Lo sabe el lector? Las personas maduras sí lo saben, porque lo aprendieron cuando no era, como ha sido hasta hoy, palabra desterrada y tabú. Pero los jóvenes, ¿dónde han podido aprenderlo? En las gramáticas no está; en los diccionarios, grandes o chicos, o no está tampoco o está escondido, salvo en la última edición del de la Academia, donde (¡por fin!) aparece en segundo lugar. Digámoslo de una vez; la letra *v*, vigésima quinta de nuestro alfabeto, tiene su nombre, y ese nombre no es el nombre equívoco que suele dársele, que se enseña a darle, sino el de... Pero será mejor que demos un pequeño rodeo.

ESCENA I

REBUZNOS Y MUGIDOS

Estoy sentado, leyendo; cerca de mí un niño escribe en su cuaderno; trabaja en una composición que ha de llevar al colegio; tema libre. La cosa, al parecer, tiene sus dificultades; de cuando en cuando el pequeño escritor suspende la tarea y se queda mirando al techo; luego mordisquea el lápiz,

se rasca la cabeza... y acaba por preguntarme algo. Brevísimos son los diálogos que con motivo de estas preguntas se entablan.

—¿Cómo se escribe higuera?

—Con hache.

.....
—Alfanje, ¿es con ge o con jota?

—Con jota.

.....
—Cebra, con ce, ¿verdad?

—Con ce o con zeta, como más te guste.

.....
Lleva nuestro hombrecito un buen rato escribiendo seguido; su mano se mueve ligera sobre el papel; entre los labios, tenaz, asoma la punta de la lengua. Escribe con lápiz, ya lo hemos dicho; si escribiera con pluma, con una de aquellas plumas de ave de antaño, oiríamos ahora, en medio del silencio, un nervioso ra-ra-ra.

Nueva interrupción, nueva desazón... y vuelta a preguntar:

—Veloz, ¿es con be de burro o con ve de vaca?

—Con ve de vaca.

—¿Y beduino?

—Con be de burro...

Y aquí tiene el lector cómo han venido a terciar en el diálogo nuestros buenos amigos el burro y la vaca; cómo de pronto (igual que unos ladridos en el más maravilloso de los prólogos) se oyen en nuestro alfabeto rebuznos y mugidos. ¿Por qué? ¿Por qué para denominar las otras letras (la hache, la ge y la jota, la ce y la zeta) le ha bastado a nuestro amiguito con pronunciar sus nombres limpios y sin añadiduras, y ahora, a propósito de “veloz” y “beduino”, ha tenido que acudir al orneante filósofo de largas orejas y a la mugiente matrona de torcidos cuernos?

Y menos mal. Menos mal que hemos dado con un niño amigo de burros y de vacas, un niño simpático, espontáneo. El que vamos a ver ahora en la segunda escena es bien distinto. Se llama Oscarito.

ESCENA II

PEDANTERIA Y AFECTACION

Yo, donde estaba antes; en la mesita cercana, Oscarito. Oscarito es un niño muy previsor; cuando se sienta a escribir, todo lo pone al alcance de la mano, cada cosa en su sitio; cuadernos, lápices, sacapuntas, goma de borrar, diccionario (un diccionario liliputiense). Y ya lo tenemos escribiendo. ¿Composición libre? Composición libre. ¿Tema elegido? Nada de fantasías

con beduinos, cebras, alfanjes. Un tema serio y práctico: la higiene de la infancia.

Pasan diez minutos, quince, media hora; Oscarito escribe sosegadamente; ni un tropiezo, ni un titubeo. Al fin se detiene y levanta la cabeza. ¿Qué es lo que le hace entornar los ojos? Ha recordado una palabra que viene a su propósito; es una palabra (le parece a él) superferolítica y encopetada; le encanta; sabe Oscarito su significado, pero no está seguro de cómo escribirla. Acude a su minúsculo diccionario; mira por las primeras páginas y va leyendo entre dientes: *bermejo...*, *bermellón...*, *berrear...* Nada. Pasa rápidamente a las hojas finales: *verificar...*, *verja...*, *vermut...* Tampoco. En el diccionario de Oscarito la palabreja no aparece. ¡Qué fastidio! Aunque de mala gana, Oscarito se decide a preguntar:

—Vermífugo, ¿es con *be* o con *ve*?

(Al pronunciar la *b*, Oscarito ha apretado fuertemente los labios y ha producido un pequeño estampido; los ha apretado tanto que casi le ha salido una *p*; al pronunciar la *v*, ha dejado ver los dientes como cuando pronunciáramos la *f*).

Lo miro de reojo; no le contesto; pero él insiste y aclara con cierto retintín:

—Vermífugo, ¿es con *be...* bilabial o con *ve...* labiodental?

Estoy a punto de levantarme y dejarlo solo, pero pienso que, después de todo, el pobre chico no tiene la culpa; que lo de *be* (con estampido) y lo de *ve* (enseñando los dientes) no lo ha inventado él, menos aún lo de *ve labiodental*, sino que lo han inventado otros y lo han enseñado y hecho enseñar así contra viento y marea. Pienso esto y le respondo:

—Vermífugo, Oscarito, se escribe con uve.

—¿Uve? ¿Qué letra es ésa?

—Pues la misma, Oscarito, que unos llaman *ve de vaca*, otros *ve chiquita* y otros, como tú, con menos gracia y sin ninguna propiedad, ¡*ve labiodental!*

¡U V E!

He aquí la palabra tabú, el nombre perdido de la letra *v*, pobre patito feo de nuestro alfabeto a quien ya nadie llama sino por algún alias: *uve*. Este y no otro es su nombre propio, el que tradicionalmente ha servido para distinguirla de las demás, especialmente de la *b*, con la que al hablar se confunde y de la que sólo se diferencia... en el nombre y en la figura. ¡Uve!

¿Qué hizo este pobre nombre —tan expresivo, tan bien puesto— para que se le declarase la guerra a muerte? ¿Por qué en torno a él esa “conspiración de silencio”. Machaconamente han venido repitiendo gramáticas y

diccionarios —con el de la Academia a la cabeza—, y lo mismo las grandes enciclopedias: “V. Su nombre es ve”. Pero al fin, tras años y años de injusta proscripción, el Diccionario oficial la ha alojado o ha vuelto a alojarla en su seno, y en su decimotercera edición (1956) ya puede leerse: “V. Vigésima quinta letra del abecedario español, y vigésima de sus consonantes. Su nombre es ve o uve”. Sería cómico que alguien pudiese pensar que esto de uve es un neologismo, cuando es ciertamente todo lo contrario: una palabra vetustísima, un... “arqueologismo”; un vocablo que ha vivido y vive con vida espontánea en millones de bocas, que ha sido después absurdamente raído de los textos oficiales y que al cabo (aunque no, como es debido, con la exclusividad que le corresponde) oficialmente se ha resucitado. ¡Aleluya! Por este camino llegaremos, llegará el Diccionario de la Academia a una expresión sin tapujos ni componendas: “V. Su nombre es uve”.

Uve solamente. No podemos llamarle *ve*, porque haciéndolo así tenemos lo que al comienzo decíamos: un nombre perdido (*uve*, que es el propio) y otro nombre, el de la *b* (que ésta sí se llama *be*, *be a secas*), echado a perder.

No podemos llamarle *ve de vaca* o *ve chiquita*, porque, aunque es mal menor y tiene su gracia, con el mismo derecho otros dirán y dicen *ve de Valencia* o *ve de ventana* o *ve de verdura*, y con tales rodeos se está declarando una de dos: o que la *b* y la *v* no tienen nombre propio y de una pieza como las demás letras —lo cual es falso—, o que no hemos dejado el lenjuage infantil y seguimos con aquello de que la *i* es “un palito con una bolita encima” o la *d*, “un palito para arriba con la barriga a la izquierda”.

No podemos llamarle *ve* (enseñando los dientes), porque de este modo, si bien logramos distinguir *b* de *v*, lo hacemos valiéndonos de un sonido extraño (el de la *v* labiodental, el de la *v* francesa o italiana) que no existe ni ha existido nunca como sonido espontáneo de la lengua castellana y que mal puede servir, por ello, para dar nombre a una de las letras de su alfabeto.

En fin, menos aún podemos llamarle *ve labiodental*, porque eso en rigor no es un nombre, sino una falsa descripción y en fin de cuentas un despropósito con remache.

Digamos *uve*, lector, digamos *uve* y diremos bien. No tendremos que añadir nada, no tendremos que aclarar nada. Uve simplemente. Es nombre nada caprichoso y muy expresivo: *u... y v, u... ve, uve*. ¿No se adivina? En estas tres letras está cifrada una larguísima y muy curiosa historia que acaso otro día nos entretengamos en contar.

TANTO MONTA

La *b* y la *v* son iguales; iguales, por supuesto, no en su forma o figura

(la diferencia salta a los ojos) ni en su nombre, como hemos visto, pero sí en su sonido, en su pronunciación. Con la sola excepción de algunos españoles de origen catalán, mallorquín o valenciano (que pronuncian *v* labiodental al hablar español, y no por énfasis ni por cultismo, sino por espontánea influencia de su lengua regional), en el ámbito inmenso del habla hispana la *b* y la *v*, en igualdad de circunstancias y de modo natural, se pronuncian lo mismo.

El sonido de *v* labiodental, el que suena, por ejemplo, en el italiano *vita*, en el francés *vin*, en el inglés *very*, es un sonido *por completo extraño al español*, un sonido del que carece nuestra lengua como carece, verbigracia, de los de la *u* francesa o la *z* italiana. Nuestras *b* y *v* (fuera de los casos en que coinciden con la *b*, sólo con la *b* de los susodichos idiomas) tienen un sonido peculiar y sin semejante en éstos. ¿Cuál? El que tú, lector, les das al pronunciar naturalmente estas palabras: *lobo*, *uva*, *sabio*, *novia*, *alba*, *cuervo*. El sonido de *b* y *v* en estas palabras (que es uno y el mismo en todas, puesto que no hacemos entre ellas diferencia alguna) es un sonido *propio y característico de la lengua española*; no existe ni en italiano ni en francés ni en inglés ni en alemán, salvo en una zona limitada de esta última lengua y como fenómeno chocante para el resto de los alemanes. En común con estos idiomas (hasta cierto punto nada más) tenemos el sonido bilabial oclusivo del italiano *buono*, del francés *bois*, del inglés *before*, del alemán *bauer*...

Entonces, ¿con qué letras representamos ese sonido tan singular y genuino que suena en las palabras *lobo*, *uva*, *sabio*, *novia*? A la vista está: con la *b* o con la *v* indistintamente. No es cuestión de *letras*, sino de *posiciones*. Si a estas alturas aún le queda al lector un poco de paciencia, puede comprobarlo por sí mismo. Lea en voz alta estas palabras: *embestir*, *enviar*, *combinar*, *convenir*, *un buen día*, *un gran bulto*, *en vano gritas*...

¿Qué diferencia ha hecho el lector en *b* y *v*? Ninguna; las ha pronunciado todas igual, y todas ciertamente de modo distinto que las mismas letras en *lobo*, *uva*, *sabio*, *novia*. Al decir estas últimas palabras en el contexto en que aparecen, los labios del lector *no han llegado a juntarse del todo*, sino que han quedado *ligeramente separados* —de uno a dos milímetros— como cuando soplamos para apagar una cerilla; en cambio, al pronunciar la *b* y la *v* de *embestir*, *enviar*, *un gran bulto*, *en vano gritas*, etc., los labios del lector, espontáneamente, *se han juntado por completo* sin dejar entre ellos resquicio alguno. Dicho de otro modo: en unos casos *b* y *v* han sonado con sonido bilabial oclusivo (como en *enviar*) y en otros con sonido bilabial también (nunca labiodental), pero bilabial *fricativo* (como en *lobo*).

¿Dónde está la razón de estas diferencias, siendo las letras las mismas? En las diferentes posiciones de ellas y en los contactos que de estas posicio-

nes resultan. Obsérvese que en todos los ejemplos *b* y *v* ocupan posición interior (interior de palabra, como en *lobo*, *uva*, *embestir*, o interior de grupo, como en *un buen día*, *en vano gritas*), pero que unas veces están en contacto con las nasales anteriores *m* o *n*, y otras veces no. Este contacto y sólo él es la causa de que en *embestir*, *enviar*, *combinar*, *convenir*, *un buen día*, *un gran bulto*, *en vano gritas*, *b* y *v* suenen indistintamente, tengan que sonar como bilabiales oclusivas. Si por esto no fuera, si en lugar de las nasales *m*, *n*, la *b* o la *v* tuvieran delante una vocal o cualquiera de las otras consonantes, tendrían sonido labial también, pero fricativo, como lo tienen en *cabo*, *leva*, *iba*, *lobo*, *rival* y en *advertir*, *alberca*, *olvidar*, *sorber*, *resbalar*.

De lo dicho podemos inducir la regla general que rige la pronunciación de estas letras y una de las dos excepciones que la regla tiene.

Porque son dos las excepciones de la regla. Pero la segunda es difícil de explicar por escrito, a menos que el lector tenga una buena dosis de paciencia y ganas de jugar un poco. Lea en voz alta esta palabra:

barbaridad.

Haga una pausa y lea en voz alta también (en voz alta, pues de lo que estamos tratando es de prosodia, no de ortografía):

vivirás.

Lea en voz alta de nuevo: “Esto es una barbaridad. No vivirás.”

¿Qué es lo que ha pasado? Compruébelo el lector: en la palabra aislada “barbaridad” ha pronunciado cada *b* de distinta manera: la inicial, oclusiva, la interior, fricativa; lo mismo que en la palabra “vivirás”: oclusiva la inicial, fricativa la interior. En cambio, en “Esto es una barbaridad” y “No vivirás”, las dos *b* y las dos *v* las ha pronunciado igual: todas fricativas.

Unos ejemplos más en alta voz y —cosa importante— haciendo las pausas que hay que hacer detrás de cada punto. Con esto vamos a concluir.

Vino.

Vaca.

Bulliciosa.

Banda.

Vieja.

Bruja.

Ventano.

Burló.

Buena.

Todas las *b* y todas las *v*, sin excepción, las ha pronunciado el lector como *oclusivas*. En cambio, las mismas letras en las mismas palabras, pero dispuestas de otra manera, va a pronunciarlas ahora como *fricativas*, es decir, sin juntar del todo los labios:

“En esto vino la vaca y la bulliciosa banda se dispersó; la vieja bruja, asomada al ventano, se burló de buena gana del susto que pasamos.” (Entre paréntesis: pruebe el lector a leer esta frase haciendo las *b* oclusivas y las *v* ¡labiodentales! Pruébelo y verá qué jerigonza le sale.)

En las palabras del primer ejemplo (las dispuestas en columna) *b* y *v* están en *posición inicial absoluta después de pausa*; en las mismas palabras del ejemplo segundo (las dispuestas en párrafo) *b* y *v* no están así, sino en *posición interior* y precedidas de letras que no son ni *m* ni *n*. Esto es todo, y aquí está la regla, por lo demás bien sencilla, con sus dos únicas excepciones:

“La *b* y la *v* (*be* y *uve*) de la lengua española, indistintamente, tienen siempre sonido *bilabial fricativo*, salvo estos dos casos en que, indistintamente también, lo tienen *bilabial oclusivo*:

1) Cuando se hallan en *posición interior* de palabra o de grupo fónico y están en contacto con las nasales *m* o *n* anteriores.

2) Cuando se hallan en *posición inicial absoluta después de pausa*.

En resumen, que el sonido de *v labiodental* (por tanto, también este nombre como nombre de nuestra *uve*) es *ajeno a nuestra lengua* y delata casi siempre a los extraños que la han aprendido; en boca de quienes la hablan por naturaleza es sonido artificial, afectado, postizo. Entre la *be* y la *uve*, en nuestra lengua, no hay diferencia *fonética*, sino sólo *ortográfica*.

De un maestro de la fonología hispánica, Tomás Navarro, son los párrafos que a continuación transcribimos (“Manual de Pronunciación Española”, cuarta edición, Nueva York, 1950, pp. 91-92).

“No hay noticia de que la *v labiodental* haya sido nunca corriente en la pronunciación española; los gramáticos la han recomendado insistentemente; pero la Academia parece haber desistido ya de ese empeño.”

“El distinguir la *v* de la *b*, no es de ningún modo un requisito recomendable en la pronunciación española. La tradición fonética de esta lengua, el ejemplo de los buenos actores y oradores y el uso general son contrarios a dicha distinción.”

“El prurito de distinguir en la pronunciación lo que se distingue

en la escritura, no es más fundado, por lo que se refiere al español, en el caso de la *v* y *b*, que lo sería si se tratase de diferenciar también fonéticamente, por tratarse de signos ortográficos distintos, la *c* (*ce*, *ci*) de la *z*, la *g* (*ge*, *gi*) de la *j*, o la *c* (*ca*, *co*, *cu*) de la *qu* (*que*, *qui*).”

¿Qué podríamos añadir? De que “la Academia parece haber desistido ya de ese empeño”, vano empeño, hay muestras ya en la última edición de su Diccionario antes citada. Contra el uso general no se puede, como no se puede dar coces contra el aguijón. La monserga de la *v* labiodental y la *b* invariablemente oclusiva es una mala causa que no tiene defensa. Los mismos que a costa de un penoso esfuerzo, siempre visible, insisten en ello no son capaces en la práctica de observar una norma que proclaman e infringen al propio tiempo. ¿No resulta monstruoso hablar la lengua materna como extranjeros, sin naturalidad, en un estado de constante preocupación y alerta? Pues hablemos... como hablamos. Y puesto que entre *b* y *v* no existen más diferencias que las de *figura* y *nombre*, escribámoslas así y llamémoslas como se llaman: *be* y *uve*.